

# Un mural en la selva, el de Leonora Carrington

Elena Poniatowska

Gaby Weisz es un testigo de primera mano desde que era niño y Leonora Carrington, su madre, es su cómplice. Nunca va a desmentirlo porque sus recuerdos provienen de una fuente única: la de la infancia. Los dos artistas, ella pintora, él poeta, dialogan. Ahora, con los años, la madre se ha convertido un poco en la hija y el hijo es un poco el padre. Treinta años los separan, pero mientras platican los une la botella de vino tinto sobre el mantel blanco. Los martes suelen comer juntos en el Sanborns cerca de su casa que le gusta a Leonora, hablan de lo que ven, de lo que saben, de lo que quisieran hacer, de la perrita Yeti que Isaac Masri le regaló a Leonora, de los recuerdos del porvenir, como rezaba el letrero de una cantina. Leonora escucha atentamente y opina, Gaby recoge sus palabras, como de niño recogió sus pinceles y las transmite a quien quiera oírlos, como en el caso de esta joyita de libro *Leonora Carrington: Un mural en la jungla* hecho por Xavier Guzmán y escrito por Gaby.

Las junglas pueden estar en la cabeza o en la naturaleza, en el cúmulo de las ideas o en el enmarañamiento de los cables de luz, en la correa del perro que se enreda en ella por la emoción o en las meninges que se inflaman y de pronto empiezan a salir por las orejas. Una jungla es capaz de alebrestar la naturaleza y quitarle su placidez. México es un país de junglas. Las vemos en los embotellamientos y en la política, en las protestas y en la confusión de los sentimientos, en la devaluación de

la moneda y de los valores y en las devastaciones que hoy padecemos. Al venir a México, en automóvil desde Estados Unidos, Edward James pasó por la Huasteca Potosina y descubrió Las Pozas con sus caídas de agua; Taninul y su frondosa y mágica vegetación, su avalancha de orquídeas que lo sedujeron al grado de concebir y sembrar en un terreno en Xilitla un paraíso de más de dieciocho mil orquídeas que, por desgracia y como sucede con la naturaleza, se acabaron con una helada.

De la tierra en Xilitla, San Luis Potosí, el inglés Edward James sacó un jardín. Peinó la jungla, la alisó, la maquilló, la domó como se doma a una hiena, e inventó un jardín de arte que colmara sus más caros deseos, sus aspiraciones más íntimas, su ambición de artista. Decidió que las flores las haría él y las montaría en columnas para que nadie las destruyera. Para ello recurrió a su amiga y Leonora pintó un mural en una columna de la antigua casa de Plutarco Gastélum Esquer, su protegido. Inglés como ella, inteligente y original como ella, Edward James era su admirador incondicional y su fantasía tenía el mismo origen: la leyenda. También su familia: compartían las buenas maneras de la aristocracia inglesa, eran seres de privilegio con una vida privilegiada; la familia de Leonora estaba emparentada de algún modo con la familia del extraordinario Oscar Wilde. A Leonora la alimentaron las leyendas celtas que suelen contar las abuelas y las *nannies* inglesas o irlandesas



Leonora Carrington en su taller, ca. 1966

que pretenden mantener tranquilos a los niños para que se duerman pronto. Edward James tuvo la misma infancia compuesta de estrictas reglas de conducta, trajes bien cortados, internado en Eton, en Oxford; clases de equitación y de privilegios que a veces se pagan muy caros por lo que tienen de repesores. Al igual que a los *lords* y las *ladies*, a Leonora Carrington su madre la presentó en la corte con un vestido blanco aunque Leonora, como buena inglesa, se veía espléndida de amazona y prefería montar a caballo. Por eso los caballos habitan su pintura. Excéntrico, solitario, defraudado, Edward James dejó tras de sí el mito de que era hijo del rey de Inglaterra Edward VII y siendo millonario pudo cumplir todos sus caprichos: editar su propia poesía, intervenir

y producir obras de teatro y ballets, hacerse amigo de los surrealistas (incluso René Magritte lo pintó de espaldas para su cuadro *La reproducción prohibida* de 1937) y construir el jardín de su imaginación en el que se congregaran todas las etapas culturales del mundo desde la clásica, la gótica y la renacentista, todos los siglos que hemos vivido hasta las formas que lo habían impresionado a lo largo de sus viajes en China, en Egipto, en Europa, en los cinco continentes.

Leonora Carrington y Edward James tenían en común el origen y la originalidad. Habían respirado el mismo aire, visto el mismo océano, escuchado la misma lluvia caer interminablemente sobre el techo de sus castillos Hazelwood y West Dean. Ambos venían del mismo reino: el británico. Incluso, Edward James quiso casarse con Leonora, pero lo que más deseó fue conservar en el gran jardín de Xilitla todos los animales que traía de sus safaris a América del Sur y a África: venados, tortugas, guacamayas, cacatúas, monos araña y hasta una boa, que formaban parte de su inconsciente y lo interpelaban todo el día y toda la noche. Edward James (al igual que Leonora) se comunicaba en forma instantánea con los animales: una guacamaya tenía su percha en su hombro y le sugería cosas al oído. Las cacatúas a veces son insistentes y los animales que hablan y los que no hablan, en vez de fieles sirvientes, acaban por volverse el dueño de sus amos y logran posesionarse de su vida.

Cuando venía a la Ciudad de México de sus viajes por varios continentes, James llegaba al Hotel Francis (hoy Hotel Imperial) en el Paseo de la Reforma, muy cerca del diario *Excelsior* con un zoológico personal prohibitivo y prohibido. Como en los hoteles no permiten ni un canario, aunque los colchones estén llenos de pulgas y la cocina de cucarachas, Edward James llevaba a casa de Leonora las iguanas y los armadillos de su predilección. Las iguanas se asoleaban en la azotea, pero los demás se metían a las recámaras y para los dos niños esta invasión era una fiesta. Aunque una tarde Edward James dejó siete tejones que se cagaban en todas partes y mordían a sus vecinos, lo cual obligó a Leonora a pedirle al exagerado James que se llevara a sus fieras. Katy Horna, la fotógrafa por excelencia de los surrealistas, tenía más paciencia y aceptaba también recibir en su casa de la calle de Tabasco el zoológico de Edward James.

Leonora Carrington y Edward James tenían en común el origen y la originalidad. Habían respirado el mismo aire, visto el mismo océano, escuchado la misma lluvia caer interminablemente.

# Leonora levantó sobre una columna a una mujer alta de casi dos metros y medio con cara de carnero, pechos redondos y largas piernas, que recuerda un poco a las gárgolas catedralicias.

Según Gaby, Edward James “era mucho más interesante como persona que como poeta”. Enamorado de Leonora (¿qué hombre no se habría enamorado de ella?), Edward James la invitó a pintar el mural en Xilitla del que hoy nos ocupamos, y Leonora levantó sobre una columna a una mujer alta de casi dos metros y medio con cara de carnero, pechos redondos y largas piernas, que recuerda un poco a las gárgolas catedralicias. La pintó en color sepia. James había sido su comprador, su coleccionista, su apoyo, y Leonora tomó el encargo del mural como un deber hacia el amigo que reconocía su talento. Leonora, que nunca se separaba de sus hijos, los llevó incluso en época de clases a que jugaran en el inmenso jardín en el que James construyó esculturas inútiles y fantásticas; inútiles porque las escaleras con sus peldaños de piedra ascienden al vacío, las puertas y los puentes no llevan a ningún lado ni tienen razón de ser. En esta vida todo es perecedero, hasta los diamantes que se pierden al correr de mano en mano. Mantener las columnas en buen estado, conservar los moldes de madera, guardar la varilla y el cemento, pagarle a los trabajadores, nada resultó fácil. Las grandes lluvias podían acabar con las altas columnas coronadas, el tiempo todo lo erosiona, lo desgasta; la vejez cubre de arrugas las superficies lisas, nada resiste a la usura, o como decía Jesusa Palancares, “todo por servir se acaba”. ¿Servía de algo el jardín imaginario y sobrenatural de Edward James? Desde luego que sí. Mientras se hizo, Edward James les dio trabajo a los lugareños y ahora los turistas visitan el único jardín surrealista hecho a propósito que hay sobre nuestro planeta. Los otros nos los regaló la naturaleza, no la mano de los hombres.

Los niños corrían por el jardín, encantados, hasta que Leonora los llamaba a comer. Entre perder la escuela y escuchar a Leonora Carrington, ¿qué habrían ustedes escogido, queridos lectores?

Los niños se codeaban con los genios del surrealismo, pero a Gaby y a Pablo jamás les impresionaron los personajes memorables que frecuentaban a su madre como tampoco los atrajo André Breton o Pierre Mabilie o Robert Desnos o Remedios Varo. Lo que más les gustaba de Remedios Varo era jugar con sus gatos. Incluso, sus juicios pueden llegar a ser demoledores porque Gaby Weisz considera a Salvador Dalí “el Walt Disney del su-

realismo”. A su vez, los surrealistas trataban a los niños como *objets trouvés* y procuraban convertirlos en *objets perdus* para que no acabaran con el cuadro. Estos objetos encontrados, herederos de Leonora, eran la esencia misma del surrealismo, pero eran de carne y hueso y había que nutrirlos, bañarlos, limpiarles la cola, atenderlos y, a medida que crecieran, guiarlos en la vida. Gaby y Pablo dialogaban con celebridades (Aldous Huxley visitó su casa) de igual a igual, aunque ningún surrealista tuvo un carácter fácil. Gaby todavía afirma: “Si yo no estoy de acuerdo con algo lo expreso y eso me ha causado algunos problemas”.

Ante todo, su madre era una madre que cuidaba a sus hijos y vivía la vida diaria. A veces los días eran buenos, a



Leonora Carrington trabajando en el mural que pintó en la antigua casa de Plutarco Gastélum Esquer, Xilitla, ca. 1964

veces no tanto; a veces las conversaciones llamaban la atención, a veces no; a veces la familia se sentía acosada y sus miembros se parapetaban tras los muros de su casa, a veces no. Chiqui a veces vendía sus fotos, a veces no. Leonora hizo su primera gran exposición en Nueva York en la galería Pierre Matisse de Nueva York en 1948.

Leonora también supo lo que eran las dificultades a lo largo de su vida pero las sorteó y las sublimó en su pintura. El mundo imaginario puede concretizarse en la obra de toda una vida, el mundo irracional también y el onírico ni se diga. A los que sólo se interesan por cuestiones concretas y generales les resulta difícil alucinar, pero en México casi todos alucinamos, sobre todo desde que los surrealistas hicieron su entrada y nos enseñaron que las puertas mexicanas del paraíso tenían mucho que ver con el surrealismo. Quizás en Inglaterra Leonora no habría pintado tanto como en México. Quizás en Europa se habría sentido perseguida. Quizás al conocer el miedo en España, donde la maltrataron, habría perdido el impulso que da el talento. Quizás hubiera vuelto al redil de Harold Carrington, el padre que no amó. Quizá las convenciones que primero logró vencer a la larga la hubieran asfixiado. Quizá su padre, Harold Carrington, habría ganado la batalla. Quizá México, al aislarla la salvó. ¿Por qué? En México podía pasar desapercibida, hacer lo que le daba la gana a la hora que le daba la gana, darle libre curso a su voluntad y a su mundo propio. En México el aire era transparente; en México, en la época de lluvia, podía salir con su impermeable sobre los hombros y caminar du-

rante horas por las calles de la colonia Roma, de la colonia Juárez, sin que nadie la reconociera. En París, en Nueva York, en Londres, le habrían llovido esos compromisos que irritan y quitan tanto tiempo. La fama es una lata cuyas consecuencias llegan a ser mortales. En México, la celebridad le cedía el paso al santo olor de la panadería, al anonimato de una ciudad todavía provinciana en la que vivían sólo veinte millones de mexicanos que no podían estar equivocados. ¡Imposible que Leonora se sintiera en México perseguida como en Europa si ni los perros le ladraban! Además, en México, encontró a otros heridos del alma, hombres y mujeres que, al igual que ella, habían tomado un barco para escapar de la guerra y sus horrores. También a Remedios Varo México le resultó un salvavidas porque un hombre habría de apoyarla más que ningún otro: Walter Guen.

Además de construir su propia vida y ser el arquitecto de su destino, cosa que le sucede a muy pocos porque no todos llegamos a ser lo que quisiéramos, el inglés Edward James levantó puentes y arcos, obeliscos extraños, columnas dantescas, arcos ojivales, puertas que se abren a la nada en un gran terreno de San Luis Potosí y le pidió a Leonora que pintara un mural en una de sus columnas.

Si para pintar *El mundo mágico de los mayas* Leonora se documentó, leyó el *Popol Vuh*, viajó a Chiapas para ver a Gertrudis Blom, esposa del antropólogo Franz Blom, conoció a los lacandones y a los curanderos indígenas; el mural de Xilitla es distinto, aunque la mujer pintada por Leonora mida más de dos metros; sin embargo,



Trabajadores en Xilitla





Construcción de Xilitla

creo que pintarla le resultó más fácil, más *easy going* que el del Museo de Antropología e Historia. También pintó, según recuerda Gaby, otro mural en la recámara de sus dos hijos, pero alguien lo borró y resultó efímero. Leonora descubrió a los chaneques mexicanos, que se parecen a los diminutos personajes que habitan el interior de la tierra, las pequeñas hadas que se esconden bajo el musgo de los bosques, y se impresionó con el nahual. Le encantó saber que todos tenemos un animalito que se nos parece y es nuestro guía, nuestro compañero en la vida, el ángel de la guardia del catolicismo.

Para Leonora los primeros años en México fueron de pintura y de escritura. *La trompeta acústica*, *La dama oval*, *Penélope* fluyeron con gusto de su pluma. Leía, escribía, volvía a preocuparse por lo incomprensible, se proponía volver al impulso inicial, el de su infancia y el de su adolescencia. En la casa, crecían los niños, Leonora podía pintar, Chiqui hacía fotografías, el sol salía para todos. Leonora se hizo responsable del amor de sus hijos por los libros, la investigación, el poder que ejercen los animales; por ejemplo, los gatos, que según ella tienen poderes psíquicos, y los hizo leer no sólo a los autores de antiguas culturas y sortilegios que a ella la habían nutrido sino a los que hoy son los de Gaby: Bataille, Artaud, Habermas, Derrida, los mexicanos Paz y Elizondo y otros que se han ocupado del Santo Grial, de las tradiciones herméticas, el gnosticismo, la transformación de Isis y Osiris en María y Jesús, la alquimia, el budismo tibetano, Giordano Bruno y otros

temas que se reflejarían en su escritura y, desde luego, en su pintura.

No sólo eso, Gaby y Pablo son feministas porque a Leonora siempre le interesaron las rebeliones y el cambio de actitud hacia las mujeres era en sí una rebelión. Kate Millett, Betty Friedan, Germaine Greer y otras fundadoras de la liberación de la mujer no le fueron ajenas a la casa de la calle de Chihuahua, y tanto Gaby como Pablo evitan el machismo porque saben que lo primero que dañan es a ellos mismos. En un país como el nuestro, en que las mujeres no tenían más opción que la de obedecer a su marido, Leonora demostró que podía hacer lo que ella quería: pintar. También Frida Kahlo, Alice Rahon, Remedios Varo, todas con apellidos extranjeros, se lanzaron a la libertad. Leonora era madre de dos niños, pero ejercía un oficio que merecía todo el respeto del mundo y así se los hizo saber a sus hijos. Un cartel de 1972, "Mujeres-Conciencia", demuestra su adhesión a las causas de la mujer y aleccionó a sus hijos en la certeza de que la inteligencia no tiene sexo. También les habló del exotismo y la magia del cuerpo, sobre todo desde el punto de vista ritual y antropológico y años más tarde Gaby habría de publicar un libro, *Tinta del exotismo*, en el que toca el tema, entre otros, de Paul Gauguin, el que rompió con todos los cánones, todas las formas, todas las reglas para encontrarse en Tahití con lo único que finalmente le importaba: la pintura.

Además del mundo de todos los días, Leonora les enseñó a sus hijos que existe otra dimensión, la universal, la de la totalidad, porque lo que pasa en el cielo es

## De todos los libros que se han hecho sobre Leonora quizás el que más le llegue sea el de su hijo mayor, Gaby, sobre sus recuerdos de Xilitla.

lo mismo que lo que sucede en la tierra, de ahí que se adhiriera a la creencia mexicana del nahual.

El amor a los animales es la constante en la vida de Leonora, pero no es un amor incondicional (no hace tanto sus hijos la llevaron a San Diego a ver las focas en la playa). Otra constante es el miedo. Después del horror de la guerra, Leonora conoció otro miedo, el de la persecución en 1968. En esos momentos enloquecidos, los Weisz vivieron el horror de la situación política mexicana. Era imposible desentenderse de lo que sucedía en la Universidad, en el Politécnico, en la plaza pública. Gaby y Pablo eran estudiantes y la política era parte de su vida como para todos los muchachos del Movimiento Estudiantil de 1968. A Elena Garro se le ocurrió dar una lista de intelectuales que según ella querían derrocar al gobierno e incluyó, por una absurda maldad, el nombre de Leonora Carrington. A Leonora esa acusación le causó desasosiego y volvió a sentirse cercada como en 1940, en Santander. A partir de esa época hizo varios viajes a Estados Unidos, a Europa y a Canadá.

Al escribir este pequeño y precioso libro sobre su madre, Gaby no cae en la anécdota. Al contrario, odia las anécdotas y, sin embargo, cuenta cómo su madre,

pinchó en mano, le hizo la señal de que guardara silencio para que pudiera terminar de pintar una figura delicada. El escrito de Gaby surgió de una manera natural al ver crecer la pintura ocre sobre la columna de Xilitla. Ejerció el mismo sortilegio que ejerció su madre y es el que ejercen las luciérnagas, los insectos, las plantas. Para escribir, en Gaby se juntaron dos personas: el adolescente que vio a su madre pintar el mural y el hombre que ahora escribe y quizás inventa buena parte de lo que sucedió porque la memoria es selectiva. Al reconstruir se inventa. Lo que Gaby sí guardó nítidamente en su memoria de niño fue el arribo de Edward James con sus jaulas repletas de animales a la casa paterna.

De todos los libros que se han hecho sobre Leonora quizás el que más le llegue sea el de su hijo mayor, Gaby, sobre sus recuerdos de Xilitla. Este libro es la bitácora de una relación amorosa, la de madre-hijo que, en el fondo, resulta la más poderosa de todas las relaciones. **U**

---

Texto leído durante la presentación del libro *Leonora Carrington: un mural en la selva* de Gabriel Weisz en la Casa del Poeta Ramón López Velarde, el 2 de marzo de 2009. Edición de Cecilia Pérez Grovas y Xavier Guzmán para Xul Servicios S.A. de C.V. Agradecemos a Plutarco Gastélum Jr. las fotografías de su colección que reproducimos en este artículo.



Edward James con los diseños y estructuras en Xilitla (montaje)